

Hola compañera.

Otro día que nos encontramos unidos por ese hilo conductor que supone una carta. Curiosamente en estos días me preguntaba cuanto tiempo hacía que no le escribía una carta a un amigo o un familiar. Creo que desde mi adolescencia, cuando mi amiga Paquita se marchó con otro destino de su padre, el sargento del pueblo, pues no recuerdo más veces. Ni estando mi novio en la mili le había escrito cartas. Pero sí recuerdo cuales fueron las primeras. Fue cosa en esta ocasión de mi abuela materna. Tenía la mujer una prima en la Argentina con la que mantenía una correspondencia a través de terceros porque ella asistió poco a la escuela al quedarse huérfana de padre y madre a muy temprana edad. Así que con ocho años y poco más se me nombró la amanuense de la familia y me dediqué a contestarle a la prima de mi abuela aquello que se me ocurriera, porque nadie me daba pautas al respecto. Me encontré hablando como una señora de los años que actualmente tengo a muy temprana edad. Y lo curioso es que la prima de la Argentina pensaba que trataba con mi abuela y tan solo era una niña quien le correspondía sus maravillosas cartas. Por cierto, hace poco que fui a ver mi tía, la cual continúa viviendo allí. Me comentó que las cartas de Argentina seguían en la cambra. Curiosamente, mi abuela tiraba todo lo que no le fuera de una utilidad inmediata, pero no lo hizo con aquella correspondencia de su prima. Quiero pensar que tampoco lo hicieran al otro lado del charco y quizá un descendiente esté leyendo en estos momentos aquellas cartas que me iniciaron en la correspondencia epistolar. Hoy te quiero traer un trozo de esa casa de mi abuela, su patio. Allí pasé parte de mi niñez contemplando sus tiestos de geranios y viéndola lavar en la pila, restregando la ropa y dándole una y otra vez con el jabón Lagarto o el Jorge Juan, que también se usaba mucho por aquello de que lo fabricaban en Novelda. Si de ropa blanca se trataba, acababa con un enjuague de agua con lejía y un baño de azulete. Bien escurrida y al

tendedero. Siempre sus manos con olor a lejía. Al igual que ahora las mías. Todo vuelve de alguna manera. Y como no, las tardes de conserva en el patio, con todas las botellas de vino y de sidra para rellenar. Y cuando el ácido del tomate te irritaba las manos, siempre el mismo comentario: “Eso es muy bueno para las manos custridas, además todo lo que pica, cura”.

Pues te dejo con un pequeño poema que le dediqué a mi abuela materna y a ese pequeño patio que de niña lo viví dentro de la inmensidad.

Hasta muy pronto y un fuerte abrazo telepático.

Tardes de cristal

Tarros de conserva,
tarros de cristal,
patio de mi abuela,
en mi mocedad.

Y tan grande era
que pude encontrar
la lejana estrella
del fondo del mar.

Tardes de conserva,
tardes de cristal,
¿A dónde se fueron?
¿En dónde estarán?

Hola compañera.

Otro día que nos encontramos unidos por ese hilo conductor que supone una carta. Curiosamente en estos días me preguntaba cuanto tiempo hacía que no le escribía una carta a un amigo o un familiar. Creo que desde mi adolescencia, cuando mi amiga Paquita se marchó con otro destino de su padre, el sargento del pueblo, pues no recuerdo más veces. Ni estando mi novio en la mili le había escrito cartas. Pero sí recuerdo cuales fueron las primeras. Fue cosa en esta ocasión de mi abuela materna. Tenía la mujer una prima en la Argentina con la que mantenía una correspondencia a través de terceros porque ella asistió poco a la escuela al quedarse huérfana de padre y madre a muy temprana edad. Así que con ocho años y poco más se me nombró la amanuense de la familia y me dediqué a contestarle a la prima de mi abuela aquello que se me ocurriera, porque nadie me daba pautas al respecto. Me encontré hablando como una señora de los años que actualmente tengo a muy temprana edad. Y lo curioso es que la prima de la Argentina pensaba que trataba con mi abuela y tan solo era una niña quien le correspondía sus maravillosas cartas. Por cierto, hace poco que fui a ver mi tía, la cual continúa viviendo allí. Me comentó que las cartas de Argentina seguían en la cambra. Curiosamente, mi abuela tiraba todo lo que no le fuera de una utilidad inmediata, pero no lo hizo con aquella correspondencia de su prima. Quiero pensar que tampoco lo hicieran al otro lado del charco y quizá un descendiente esté leyendo en estos momentos aquellas cartas que me iniciaron en la correspondencia epistolar. Hoy te quiero traer un trozo de esa casa de mi abuela, su patio. Allí pasé parte de mi niñez contemplando sus tiestos de geranios y viéndola lavar en la pila, restregando la ropa y dándole una y otra vez con el jabón Lagarto o el Jorge Juan, que también se usaba mucho por aquello de que lo fabricaban en Novelda. Si de ropa blanca se trataba, acababa con un enjuague de agua con lejía y un baño de azulete. Bien escurrida y al

tendedero. Siempre sus manos con olor a lejía. Al igual que ahora las mías. Todo vuelve de alguna manera. Y como no, las tardes de conserva en el patio, con todas las botellas de vino y de sidra para rellenar. Y cuando el ácido del tomate te irritaba las manos, siempre el mismo comentario: "Eso es muy bueno para las manos custridas, además todo lo que pica, cura".

Pues te dejo con un pequeño poema que le dediqué a mi abuela materna y a ese pequeño patio que de niña lo viví dentro de la inmensidad.

Hasta muy pronto y un fuerte abrazo telepático.

Tardes de cristal

Tarros de conserva,
tarros de cristal,
patio de mi abuela,
en mi mocedad.

Y tan grande era
que pude encontrar
la lejana estrella
del fondo del mar.

Tardes de conserva,
tardes de cristal,
¿A dónde se fueron?
¿En dónde estarán?